

personas la idea de que las cosas del pasado, y de los pueblos exóticos, sólo deben verse como una curiosidad arqueológica, sin admitirlas como documentos preciosos para el estudio de su civilización.

Como complemento de estas colecciones, hay en algunas salas menores, valiosos dibujos y bronce, trajes y divinidades chinos y japoneses.

Ved ahora estos objetos, procedentes de la India sagrada, y con el doble prestigio de su belleza y de su antigüedad.

Budas en metal, algunos de una perfección artística realmente asombrosa, un traje de tela toda bordada de oro...

Esto no es nada ante esta maravilla: esta cámara, en tamaño natural, que se ha instalado aquí, merced a un grande y plausible esfuerzo, las paredes llenas de talladuras, perfectamente conservadas, que denotan una habilidad y paciencia igual, si no superior, a la de los artistas de la Edad Media.

Es una especie de capillita, procedente del templo jaino de Vadi Parsvanatha, en el Estado de Baroda, y construido en 1594. Las paredes de esta pagoda en miniatura están cubiertas de escenas del culto, en relieve, hechas con gran maestría. Están delicadamente trabajadas, y luego hay otras series de adornos simbólicos hasta la cúspide de la cúpula.

Las propias lámparas que se encendieron bajo su bóveda, están aquí, y derraman su luz suave, sólo que ahora ésta es procurada por la electricidad, pero sin quitarles su encanto. Hay en este espacio reducido una atmósfera de recogimiento que nos transporta al viejo país del Ganges, y no os asustéis, si de pronto, este galoneado empleado que se aburre en su puesto de guardián, se transforma por arte de magia en un *yati* (azteca) de grave continente y de mirada honda, que no os habrá de decir algo sobre su religión.

El jainismo tiene como principal punto de fe el de que: "el hombre no debe dañar a ningún ser viviente si quiere alcanzar el Nirvana." Predican la necesidad de abstenerse completamente de maltratar, herir o matar cualquier ser en que la vida se manifieste, pues que el alma universal está en ellos presente, aunque de una manera rudimentaria.

Esto lleva a los fanáticos a extremos inaceptables, pues he de estar de acuerdo con vosotros en que hay demasiados *bichos* molestos a quienes nos será difícil perdonar la existencia; pero habréis de aceptar conmigo en que los fanáticos, de cualquier clase que sean, echan a perder las cosas con sus exageraciones.

Bien mirado, los jainos proclaman la necesidad de que el hombre coopere en la obra general de la evolución, ayudando a los animales, sobre quienes tiene tanto poder, en vez de destruirlos y maltratarlos.

Y aunque no confundo los hechos, y sé muy bien que no siguen la ley de Buda, pues otra es la suya, están de acuerdo con El en este aspecto; y creo que no os desagradará que yo os transcriba este bello párrafo de una obra bella, en que magistralmente se trata del asunto:

«Estaba el Rey en el atrio de los holocaustos. A su lado, los brahmanes, vestidos de blanco, murmuraban *mantras* avivando el fuego que chisporroteaba en el altar. Las claras lenguas de las llamas brotaban

de las perfumadas maderas, silbando y retorciéndose al lamer las ofrendas de grasa, aromas y zumo de *soma*, la alegría de Indra. Alrededor de la pira fluía lentamente un arroyo de color de escarlata, absorbido por la arena, pero sin cesar renovado: era la sangre de las baladoras víctimas.

»Una de ellas, una cabra pintada, de largos cuernos, estaba tendida, con la cabeza hacia atrás, atada con hierba *munja*. Un sacerdote apoyó su cuchilla en el alargado cuello de la víctima murmurando:

«—He aquí, oh terribles dioses!, el primero de los numerosos *yajnas* ofrecidos por Bimbisara. Regocijaos con el correr de la sangre y gozad con el humo de la carne asada en las ardientes llamas. Colocad sobre esta cabra las culpas del Rey y que el fuego las consuma al abrasarla. Voy a dar el golpe mortal...

»Pero Buda exclamó: —Oh gran Rey, no le permitáis herir!

»Y esto diciendo, desligó a la víctima sin que nadie osara detenerlo: tan imponente era su aspecto!

»Después de obtenida la venia, habló de la vida, que cualquiera puede quitar y nadie puede dar, la vida, maravilloso don, querido y grato para todos, aun para los más humildes, precioso para toda piadosa criatura, porque por la piedad es el hombre tierno con los débiles y noble con los fuertes.

»Prestó Nuestro Señor a las mudas bocas del rebaño conmovedoras palabras para defender su causa. Demostró que el hombre implora la misericordia de los dioses y no tiene misericordia de los animales para quienes es lo mismo que un dios. Dijo que todo cuanto vive está unido por lazos de parentesco, y que las bestias que matamos nos rindieron el dulce tributo de su leche, el blando de su lana, y pusieron su confianza en las manos que las desguellan. Dijo también que nadie puede purificar su espíritu con sangre, pues si los dioses son buenos, no puede serles agradable, y si son malos, no basta para sobornarlos...»—(*Luz de Asia*, por E. Arnold.)

No podéis negar, pues, la bondad de estas enseñanzas, y menos si sois, cosa no rara, miembros o amigos de la Sociedad Protectora de Animales, que en nuestro país, por desgracia, no es todavía una realidad patente. Y escuchad, para terminar, y pues estamos en un templo jaino, esta otra sentencia, tan noble y generosa, que habréis de aceptarla también:

«El Señor venerable ha dicho: Tal como es mi dolor cuando me hieren y golpean con puño, palo o piedra, cuando me torturan y queman y me matan, o cuando sólo me arranquen un cabello, así es el dolor que siente todo ser vivo cuando le dañan. Por esta razón os digo que no debemos maltratar, ni golpear, herir o matar a los seres vivos de cualquier especie. Y en verdad os digo, que los arhates y bhagavadas del pasado, del presente y del porvenir, declararon, declaran y declararán la misma cosa, diciendo: no maltratéis, ni cacéis, ni torturéis, ni matéis a ningún ser viviente. Los hombres sabios que conocen todas las cosas enseñaron esta ley constante y perpetua, eterna y verdadera.»—(*Uttaradhyayana*, libro II, 1, 48-49.)

Ya os advertí que soy un orientalista; pero si no os placen estas citas, habréis de recordar que estamos en una pagoda, y que no vienen, por lo tanto, fuera de lugar.